



**ERNST JÜNGER, *Sobre el dolor* (1930), publicat amb *La movilizaci3n total i Fuego y movimiento*, Tusquets Editores, 1990. (Traducci3: Andr3s S3nchez Pascual)**

6

No hay, sin embargo, exigencias m3s ciertas que las que el dolor hace a la vida. En los sitios donde se ahorra en dolor el equilibrio se restablece de conformidad con las leyes de una econom3a enteramente precisa; y puede decirse, introduciendo una peque1a variaci3n en una conocida frase, que existe una «astucia del dolor» que alcanza sus objetivos por todas las v3as. De ah3 que, al ver ante nuestros ojos una situaci3n de amplio bienestar, nos sea l3cito preguntar sin m3s d3nde se halla el sitio en que se soportan las cargas. Por lo regular no habremos de ir muy lejos para descubrir la pista del dolor; as3 es como encontramos que tampoco aqu3, en pleno disfrute de la seguridad, se halla completamente liberada del dolor la persona singular. La sofocaci3n artificial de las fuerzas elementales es capaz de impedir ciertamente las fricciones groseras y de despejar las zonas de sombra muy densa, pero no la luz difusa con que el dolor comienza a llenar a

cambio de eso el espacio. El recipiente que permanece cerrado a la corriente que afluye caudalosa va siendo llenado gota a gota. Así, el aburrimiento no es otra cosa que la disolución del dolor en el tiempo.

Otra forma de esa influencia invisible se manifiesta en el sentimiento de que estamos envenenados. Así es como el dolor anímico constituye una de las especies inferiores del dolor:<sup>1</sup> es una de las enfermedades generadas por la omisión del sacrificio. De ahí que acaso no haya nada más sintomático de la época de finales del siglo pasado y comienzos del presente que el dominio ejercido por la psicología, ciencia relacionada de la manera más íntima con el dolor, como lo muestra también, consecuentemente, el hecho de su penetración en la medicina. De esa esfera forma parte asimismo una atmósfera de sorda desconfianza — : el sentimiento de que unas maquinaciones malvadas están produciendo en nosotros una descomposición tanto de nuestros recursos

---

<sup>1</sup> Eso es así por cuanto una de las características del dolor es que afecta a la realidad en toda su extensión. De ahí que, en una terminología en que «alma» y «realidad» son sinónimos, exista *únicamente* el dolor anímico; es lo que dice san Agustín: «Sentir dolor es privativo del alma, no del cuerpo» (*La ciudad de Dios*, XXI, 3). (N. del A.)

económicos, espirituales y morales, como también de los raciales. Ese sentimiento aboca a un estado de inculpación general — a una literatura de ciegos que andan buscando incesantemente responsables.

De modo aún más terrible nos sale al paso el dolor en aquellos sitios donde alcanza las fuentes de la *procreación*. No encontramos entonces ninguna fuerza significativa que no sucumba a la falta de aire para respirar — hay una conexión directa entre la altura del rango y la profundidad del dolor. Aquí resultan sospechosos todos los contenidos, pues nadie que posea una relación con la realidad puede estar contento bajo el dominio de los conceptos generales. De ahí que no pueda sorprender que en este tiempo se vea el genio —es decir: la posesión de la salud suprema— como una de las formas de la demencia, de igual manera que se describe el nacimiento como un caso de enfermedad o que ya no se es capaz de distinguir entre el soldado y el carnicero. Quien considere la tortura una institución propia de la Edad Media pronto será convencido de lo contrario si profundiza en el *Ecce homo* de Nietzsche o en las cartas de Baudelaire o en alguno de los otros documentos de horrores que han llegado hasta nosotros en

gran número. En el mundo repleto de valoraciones inferiores los pesos que aplastan toda forma de grandeza son pesos más terribles que de plomo, y acaso sean Kaspar Hauser y Dreyfus quienes simbolicen la zona extrema del dolor hasta la que puede penetrar la mirada obtusa. En el dolor de la persona singular significativa es donde se refleja de manera más penetrante la traición que el espíritu comete contra la ley de la vida. Eso rige también para los estados significativos en general, como, por ejemplo, el de juventud; en su poesía «A los consejeros listos» se lamenta Hölderlin de que la juventud se vea arrancada de su «ardiente elemento».

Al considerar la penetración del dolor en la esfera de la procreación no nos es lícito olvidar tampoco la agresión a los no nacidos; es una agresión peculiar del carácter débil y a la vez bestial del «último hombre». Desde luego un espíritu cuya falta de discernimiento se revela en que confunde la guerra con el asesinato, o el crimen con la enfermedad, elegirá necesariamente en la lucha por el espacio vital el modo menos peligroso y más deplorable de matar. En una situación dominada por leguleyos los únicos

sufrimientos que llegan a los oídos son los de los acusadores, pero no los de los indefensos y silenciosos.

La naturaleza de esa seguridad estriba, por tanto, en que el dolor es empujado a la periferia, en provecho de un mediano bienestar. Junto a esa economía espacial existe además una economía temporal; consiste en que la suma de dolor no reclamado se acumula para formar un capital invisible que va aumentando con los intereses y con los intereses de los intereses. La amenaza aumenta con cada una de las artificiosas elevaciones del dique que separa al ser humano de las fuerzas elementales.

7

¿Qué significa, pues, hablando propiamente, ese aumento de la sentimentalidad que cabe observar desde hace más de ciento cincuenta años? En vano intentamos situarnos en un mundo en que a sus diecisiete años podía Orígenes instar a su padre encarcelado a que no desistiese, por consideración a su familia, del martirio, o en el que uno de los espectáculos habituales cuando era tomada al asalto una fortaleza germánica de carros era que las mujeres



matasen primero a sus hijos y luego se matasen a sí mismas.

Noticias como éstas nos hacen ver con claridad que la valoración del dolor no es la misma en todos los tiempos. Existen evidentemente actitudes que capacitan al ser humano para distanciarse mucho de las esferas donde el dolor manda como dueño absoluto. Semejante apartamiento se manifiesta en que el ser humano es capaz de tratar el cuerpo —es decir, el espacio mediante el cual participa en el dolor— como un objeto. Ese procedimiento presupone ciertamente la existencia de un puesto de mando situado a una altura tal que desde ella el cuerpo es considerado como un puesto avanzado que el ser humano es capaz de lanzar al combate y sacrificar desde gran distancia. Todas las medidas que entonces se toman abocan no a escapar al dolor, sino a resistirlo. De ahí que tanto en el mundo heroico como en el cultural encontremos una relación con el dolor en todo distinta de la que hallamos en el mundo de la sentimentalidad. Mientras que en este último mundo lo que importa es, como hemos visto, expulsar el dolor y excluirlo de la vida, de lo que se trata en el mundo heroico y en el cultural es de incluirlo en la vida y

de disponer ésta de tal manera que en todo tiempo se halle pertrechada para el encuentro con el dolor. También en esos dos mundos desempeña el dolor, por tanto, un papel significativo, aunque, desde luego, exactamente opuesto al que desempeña en el mundo de la sentimentalidad. Es algo que se deriva ya del simple hecho de que allí la vida está aspirando incesantemente a permanecer en contacto con el dolor. Pues no otra cosa es lo que significa la disciplina, tanto la disciplina ascética del sacerdote, dirigida a la mortificación, como la disciplina heroica del guerrero, dirigida a lograr un endurecimiento como el del acero, una «aceración». En uno y otro caso se trata de mantener enteramente sujeta a nuestro poder la vida, para estar a cualquier hora en condiciones de lanzarla al combate en el sentido de un orden superior. De ahí que la importante cuestión de cuál es el rango de los valores existentes quepa resolverla exactamente examinando el grado en que puede tratarse el cuerpo como un objeto.

El secreto de la sentimentalidad moderna reside en que esa sentimentalidad corresponde a un mundo en que el cuerpo es idéntico al valor. Lo dicho explica que la relación de tal mundo con el dolor sea la relación con un poder que

ante todo hay que evitar, pues en él el dolor golpea al cuerpo no acaso como a un puesto avanzado, sino como al poder principal y núcleo esencial de la vida misma.

[...]

16

Hemos venido recopilando hasta este momento toda una serie de datos de los que se desprende suficientemente que nuestra relación con el dolor se ha modificado de hecho. El espíritu que desde hace más de cien años viene dando forma a nuestro paisaje es, de ello no cabe duda, un espíritu cruel. Deja sus huellas también en los seres humanos, en los que elimina los lugares blandos y endurece las superficies de resistencia. Nosotros nos encontramos en una situación en la que todavía somos capaces de ver las pérdidas; aún sentimos la aniquilación del valor, la superficialización y simplificación del mundo. Pero ya están creciendo unas generaciones nuevas que se encuentran muy alejadas de todas las tradiciones con las que aún nacimos nosotros; y produce un sentimiento asombroso observar a esos niños, no pocos de los cuales





vivirán todavía el año 2000. Entonces se habrá desvanecido sin duda la última substancia de la edad moderna, es decir, de la edad copernicana.

Pero ya se presenta con claridad la gran situación. Es cierto que todos los verdaderos espíritus del siglo XIX tuvieron conocimiento de ella y que cada uno de tales espíritus dejó tras de sí, a partir de Hölderlin y mucho más allá de las fronteras de Europa, una doctrina secreta sobre el dolor —pues es en el dolor donde se esconde la auténtica piedra de toque de la realidad.

Hoy estamos viendo que campamentos, marchas, maniobras llenan valles y llanos. Estamos viendo que los Estados son más amenazadores y se hallan más pertrechados de armas que nunca; que en cada uno de sus detalles esos Estados se orientan al despliegue del poder; y que disponen de tropas y arsenales sobre cuyo destino no es posible albergar duda ninguna. Estamos viendo cada vez más claramente también que la persona singular va a parar a una situación en la que puede ser sacrificada sin reparos. A la vista de todas esas cosas surge esta pregunta: ¿estamos asistiendo aquí a la inauguración de

aquel espectáculo en el que la vida sale a escena como voluntad de poder y nada más?<sup>2</sup>

Antes vimos que el ser humano se torna capaz de contender con la agresión del dolor en la misma medida en que es capaz de extraerse a sí mismo fuera de sí mismo. Ese extraer fuera de sí la vida, ese cosificarla y objetizarla, va aumentando sin interrupción. Tras la edad de la gran seguridad ha llegado, con una rapidez asombrosa, una edad diferente, en la que preponderan las valoraciones técnicas. La lógica y la matemática que en esas valoraciones imperan son extraordinarias y admirables; vislumbramos que el juego es demasiado sutil y consecuente como para que lo hayan ideado seres humanos.

Pero nada de eso exime de responsabilidad. Cuando divisamos al ser humano en su situación solitaria, muy avanzado en el espacio peligroso y en un estado de elevada disponibilidad, la pregunta que surge por sí misma

---

<sup>2</sup> Jünger alude aquí al famoso fragmento 1067 con que se cierra la recopilación de textos de Nietzsche titulada *La voluntad de poder*, que termina con estas palabras: «*Este mundo es la voluntad de poder — ¡y nada más!* Y también vosotros mismos sois esa voluntad de poder — ¡y nada más!». (*N. del T.*)

es ésta: ¿con qué punto está relacionada esa disponibilidad? Ha de ser grande el poder capaz de someter al ser humano a las mismas exigencias que se le hacen a una máquina. En vano buscará la mirada, sin embargo, alturas superiores al puro proceso del orden y del equipamiento bélico, alturas sustraídas a toda duda. Lo que caracteriza indudablemente a los actores es, antes bien, la nivelación de los viejos cultos, la esterilidad de las culturas, la mezquina mediocridad.

La conclusión que nosotros sacamos de eso es que nos encontramos en una fase última del nihilismo, en una fase ciertamente muy notable, que se señala por el hecho de que unos órdenes nuevos han ocupado ya unas posiciones muy avanzadas, pero los valores correspondientes a esos órdenes aún no se han hecho visibles. El aspecto aparentemente tan contradictorio que el ser humano está brindando en esa situación se ilumina tan pronto como hemos captado la especificidad de ésta. Comprendemos la coexistencia de una gran capacidad organizadora, por un lado, y de un completo daltonismo con respecto al valor, por otro, comprendemos la fe sin contenidos, la disciplina sin legitimación — en suma, el carácter vicario de las ideas,

de las instituciones y de los personajes en general. Comprendemos por qué en un tiempo tan instrumental como éste la gente querría conocer al Estado no como el instrumento más abarcador de todos, sino como una magnitud cultural, y por qué la técnica y el *ethos* se han vuelto sinónimos de una manera tan asombrosa.

Todas esas cosas son indicios que apuntan a que ya hemos atravesado completamente el lado del proceso que se basa en la obediencia, la instrucción, la disciplina, en suma: en la voluntad. Y nunca hubo presupuestos más favorables que ahora para la palabra mágica que otorga su sentido a la virtud de las hormigas —una virtud que no hay que tener en poco— y que es superior a la voluntad pura. La relación del ser humano con la profecía delata que en lo más íntimo de sí se halla informado de la situación; en todos sus Estados el orden dado se le presenta únicamente como la base de un orden venidero o como la transición hacia él.

Pero en el seno de una situación como ésta es el dolor el único criterio que promete informaciones ciertas. En los sitios donde ningún valor resiste, el movimiento dirigido hacia el dolor permanece como un signo asombroso; en



ese movimiento se delata la impronta negativa de una estructura metafísica.

La consecuencia práctica que para la persona singular se deriva de lo dicho hasta aquí es la necesidad de participar, pese a todo, en el equipamiento bélico — tanto si divisa en él la preparación para el desastre como si cree reconocer en las colinas en que las cruces se hallan carcomidas por la acción del tiempo y se han desmoronado los palacios aquella inquietud que suele preceder a la erección de nuevos estandartes del general en jefe.